



mostrar su hombría y machismo, incluso a los casados. Pero si se trata de una mujer, todo es diferente: ella ya se trata de una prostituta, porque dicen: «Es que las cosas no son lo mismo, una mujer...». Al hombre se le educa para que posea; a la mujer, para que acepte sin rechistar.

¿A esto le llama usted libertad?, ¿a esto le llama usted igualdad? Lo siento, pero yo no puedo llamarle a esto igualdad.

Pero todo ello no es más que un síntoma de una enfermedad muy arraigada en la Humanidad: la opresión, la dominación del más fuerte sobre los más débiles, al sacar los mayores beneficios de todo tipo a costa de los más débiles.

En este caso, los más débiles son las mujeres, y este «status» se procura mantener con todas las armas que el hombre tiene a su alcance: educación, familia, juegos dirigidos hacia este fin (cocinitas, muñecas, neceseres de juguete, propaganda, publicidad, ridiculización de cualquier postura realmente crítica de este problema).

En una palabra, discriminación, desigualdad, opresión sexual.

Creo que la carta del señor José Bañeres queda contestada. Pero quisiera puntualizar que la liberación de la mujer es utópico quererla conseguir independientemente de las demás liberaciones más generales; creo que debe ir como algo imprescindible a conseguir en una liberación más general, nunca aislada. ■ MANUEL MIRALLES (Valencia).

DERECHO AL TRABAJO

A nuestra vuelta de un viaje por Europa, haciendo «camping», con el que una vez más hemos constatado la «valía» de nuestra peseta («La moneda de ustedes es muy buena... en su país», nos había dicho, en perfecto castellano, una encantadora holandesa en la frontera) y el ahorro de dinero, que los extranjeros llevan a cabo en nuestro país (razón tan fuerte

como el cacareado sol de España), quiero dejar constancia de un hecho lamentable ocurrido en el trayecto Barcelona-Madrid, el día 24 del presente mes, a la una de la tarde y con un sol de justicia (¡El gran sol de España!) en toda su fuerza.

Dos pueblos antes de Alhama de Aragón hemos subido al coche a una mujer de unos treinta años que llevaba en brazos a un niño de cinco meses, para reunirse con su esposo en el citado pueblo, que vendría con otros tres hijos de doce, siete y cuatro años de edad. (Otros dos los habían dejado en Sevilla con la abuela paterna.)

Según nos contó la mujer, iban, en viaje de vuelta, de Sabadell a Sevilla haciendo auto-stop; llevaban ya cerca de una semana en camino, viviendo de la mendicidad y sin apenas haber probado bocado en los dos últimos días.

El viaje de ida, Sevilla-Sabadell, lo habían realizado por el mismo procedimiento, tardando un mes, y se debía a la promesa de trabajo, con empleo y casa, que un pariente de Sabadell les había hecho, dándoles de plazo una semana.

Al llegar a aquella ciudad, el pariente había desaparecido sin dejar rastro, y este hombre, que en Sevilla trabajaba como descargador en los muelles el día que lo necesitaban, y se cobijaba con toda la familia en casa de su madre, se puso a buscar trabajo.

Como no lo encontró, recurrió a algunas autoridades; posteriormente hizo lo mismo en algunos pueblos por los que pasó, oyendo siempre la misma respuesta: necesita para ser socorrido de una Carta de Socorro, como si la vista de aquel cuadro no fuera testimonio suficiente.

Este hecho, inverosímil, nos puso de nuevo al descubierto el calvario que han de pasar muchos de nuestros obreros para acceder, aquí y en el extranjero, a algo a lo que tienen derecho: al trabajo.

Si usted, señor director, publica esta carta, cuando la revista esté en la calle es posible que esta familia esté todavía en la carretera. ■ F. G. (Madrid).

